



plejidades del tema, sin la ingenuidad del borrón y cuenta nueva, asumiendo el punto y hora en que nos encontramos —nos guste o no, que eso en la investigación importa poco—, intentan delinear el proceso de las distintas culturas del Estado español y aun proponer las vías de su desarrollo libre y autónomo. Uno de ellos es el valenciano Josep Lluís Sirera, autor, en unión de su hermano —Rodolf—, de varias obras notables, y, a título individual, de numerosos ensayos.

Su último trabajo, "El fet teatral dins de la societat valenciana" (Edició Llandes/Quaderns d'assaig. Valencia), es una muestra. Situado ante un tema delicado, sometido generalmente al menosprecio de los estudiosos y al apasionamiento de quienes luchan por el desarrollo del teatro valenciano, Josep Lluís Sirera combina como inevitable consecuencia del método empleado—su compromiso cultural y político con el análisis, no ya de aquellos obstáculos que, de un modo claro, frenan la existencia de ese teatro, sino —y esto es mucho más difícil— con las contradicciones que hoy lo definen. El método va, pues, más allá de las acusaciones políticas o de la constatación de las circunstancias socioeconómicas que "mercantilizan" el hecho teatral, para en-

trar en el problema de fondo: las contradicciones entre lo que el teatro valenciano es hoy, como resultado de un proceso histórico concreto, y lo que el teatro valenciano debería ser para cumplir su función social, tanto en orden a la afirmación de una identidad o particularidad colectivas como al de contribuir a la expresión de una sociedad democrática.

Tal contradicción, lejos de aparecer como un mal "irremediable", se nos muestra como el resultado de un conflicto político, de manera que la conquista de ese "deber ser" queda supeditada a la resolución de ese conflicto, al cambio de la correlación de fuerzas, único modo de hacer posibles una serie de exigencias infraestructurales y de generar una ideología que permita al teatro valenciano abandonar su actual menesterosidad e insertarse de lleno en el país.

José Lluís Sirera se esfuerza al máximo en dar a su ensayo un empaque científico. En relacionar las diversas observaciones —a partir de una breve historia del teatro valenciano, en la que se resume su función social y las causas generales de su escaso interés— como si fueran los pasos obligados de un análisis. Creo que hace muy bien y que ese es el único modo de conformar un terreno generalmente inexpressado,

y, como tal, escurridizo. Hay que añadir, sin embargo, que en la tarea de Sirera, justamente por el vacío que existe en la materia, hay no pocos puntos polémicos y aun no pocas propuestas personales, que a veces contienen en sí mismas —por ejemplo, al referirse a un "teatro valenciano escrito en castellano", propio de los castellanoparlantes del país— nuevas contradicciones. El problema quizá esté —y él mismo lo apunta en las páginas finales— en que cada cultura contiene, a su vez, sus propias contradicciones y sus fuerzas políticas antagónicas, de manera que la calificación unitaria de cultura oprimida y cultura opresora es siempre insatisfactoria.

El libro de Josep Lluís Sirera me parece serio e incitante. Por lo que dice y por lo que hace pensar. Creo que si el País Valenciano consigue imponer su particularidad cultural y desarrollar su autonomía política lo deberá mucho más a este tipo de reflexiones y compromisos que a las disputas sobre si debe haber o no una franja azul en la senyera... ■
JOSE MONLEON.

La locura, el amor y la muerte

POCO a poco, por afición y sin alharaca, Mercedes Salisachs ha ido sacando a la luz una de las obras literariamente más valiosas del panorama español. En los últimos años, la carrera de la escritora catalana parece incluso haberse acelerado para bien, ya que desde 1975 se han publicado cuatro de sus novelas ("La gangrena", "Viaje a Sodoma", "El proyecto" y "La presencia").

El número no ha hecho mermar la calidad, como lo demuestra su último libro, "La presencia" (1), que puede ser considerada una novela plena de aciertos, de madurez y de saber vital.

Con pocos personajes, y el familiar paisaje de la Costa Brava, Salisachs (haciendo alarde de un estilo enjundioso, corto, vivo y certero, que dice cosas duras con suaves palabras) recrea una nueva versión de Calixto y Melibea (aunque sin Celestina) en la Cataluña de la posguerra civil y de la especulación de las zonas turísticas. No hay aires de tragicomedia, sino de melodrama, pero un

(1) "La presencia", de Mercedes Salisachs. Argos-Vergara. Barcelona, 1979.

melodrama de ley, repleto de símbolos, amarguras e ilusiones rotas, que trascienden al lector por las hondas cualidades narrativas de la autora, espectadora entre apasionada y escéptica de lo que va escribiendo.

El relato de "La presencia" es una memoria amorosa proyectada desde dos ángulos diferentes (los dos amantes de la historia) para dejar ver un mundo desolado de recuerdos por los vericuetos del amor y la locura, y cuyo fin (la muerte) es el fin de todos los mundos, de todos los seres y de todas las locuras.

Da la impresión de que con esta obra, Mercedes Salisachs ha querido explorar en el auge y la decadencia de un entorno social próximo a ella (la alta burguesía y la "buena sociedad" catalanas), devorado por el tiempo y el vacío que se imponen como señor absoluto sobre cualquier ilusa pretensión de perennidad.

El trasluz, por otra parte, de la guerra civil y sus secuelas se deja sentir como una maldición velada durante toda la novela, determina el caldo de cultivo en el que se mueven los personajes y proporciona aires objetivos al retrato de la burguesía de la Cataluña de los años cincuenta, que ya se frotaba las manos pensando en los negocios del "boom" turístico. Salisachs es una gran observadora del lado sórdido y estúpido de esa burguesía, cuyos usos y convencionalismos sociales fustiga, pese a que constituye su propia clase.

Aparte de los dos protagonistas (Cristina y Claudio), cuyos amores se desvelan, existe un tercer personaje que influencia toda la obra, aunque no aparece descrito en la novela. Se trata de Herminia, la hermana siamesa que se da por muerta, pero que transmite sensaciones y actúa como una fuerza remota, oscura e irracional, y que destruye a la hermana que nació unida a ella por algo que la cirugía no pudo separar. Herminia es el otro-yo dominante. Ese subconsciente cuya actuación y existencia se intenta negar, pero cuya influencia, tantas veces inexplicable, desbarata la lógica de las acciones humanas. Como dice la protagonista, Cristina, en uno de sus momentos de reflexión, "en el trasfondo del subconsciente existen misterios capaces de devorarnos". ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.